

Retorno de NICOMEDES GUZMÁN

A Oscar Vásquez Guzmán, con su nombre literario Nicomedes Guzmán, devoto de su apellido materno como el poeta Miguel Salinas Arceche, le vimos siempre en movimiento, después de haberlo divisado, por primera vez, con su amigo entrañable y en cierto modo su maestro, el poeta Jacobo Danke, en la Plaza de Armas de Santiago, lugar predilecto para nuestros monólogos sin oyentes.

Este chileno y santiaguino como Carlos Sepúlveda Leyton, Edmundo Concha y Luis Sánchez Latorre, había nacido en el barrio Club Hípico donde hemos pasado la vida entera, sin tirar dinero a las patas de los caballos, viendo aglomerarse y dispersarse a los celebrantes de nuestras fiestas nacionales que causaron espanto al conde Hermann Keyserling.

Era Nicomedes Guzmán un muchacho esbelto y ágil, atleta velocista habituado a recorrer también distancias largas sin miedo, dispuesto a ponerle el hombro a cualquier oficio, como ha de ser el chileno clásico. Además y a pesar de que nuestros grupos afines y de amistad eran distintos, laboramos en la época más igualitaria y dura de la vida, en lugares próximos. Nicomedes en el Ministerio de Educación, nosotros en un Ministerio en la Plaza Bulnes. Además, cuando Nicomedes trabajaba con don Francisco Fuentes en la librería "Cultura", era interlocutor muy querido en el camino al diario "Las Últimas Noticias" cuando íbamos a entregar nuestra crónica, entre 1946 y 1959, al inolvidable periodista Byron Gigoux James, además novelista y pintor.

Nicomedes Guzmán se había iniciado en su oficio literario como poeta y en seguida derivó a la prosa, fenómeno muy frecuente en los clasificados representantes de la generación de 1938, cohibidos por la presencia eclipsante de los tres grandes de la poesía chilena. La prosa de Nicomedes nunca dejó de ser poética, desde "Los hombres oscuros" hasta su "Antología del cuento chileno", obra póstuma publicada en 1969, por la Editorial Nascimento.

Pero este poeta y novelista no se atuvo a ese lucrativo oficio que en Chile y en especial en estos días, en la época de la imagen, corresponde a un voto de pobreza. Sus estudios literarios próximos a una finalidad docente, son vastos. Vaya sólo una mención sumaria: "Antología de Baldomero Lillo", "Antología de Carlos Pezoa Véliz", "Autorretrato de Chile", "Antología de cuentos de Marta Brunet", etc.

Y aquí nos viene a la memoria otro hecho insoslayable. Nicomedes Guzmán no era un profesor ni un erudito; era sólo un autodidacta, como la mayoría de los fabu-



ladores espontáneos, una vela quemada por las dos puntas que habría de consumirse alumbrando. Decimos esto recordando a Enrique Gómez Correa, recién ido a su eterno descanso y a Teófilo Cid leyendo y leyendo en la sala "Fondo General" de la Biblioteca Nacional; a Volodia Teitelboim cuya erudición contenida en su tomo "Hombre y hombre" deja sencillamente estupefacto; a Braulio Arenas que parece ir y venir tan sólo entre los libros. Todo esto hace más admirable la proeza de este corredor literario, de este atleta cuyo pulso no se altera ni derrumba, de este padre de cinco hijos, a la usanza de la tradición popular chilena.

Poseía, como es obvio, Nicomedes la memoria depurada del artista, del autodidacta que se perfecciona sufriendo, nacido así y su observación a golpe de vista, no era olvidada, subsistía en su página escrita.

Si su literatura puede vincularse a las novelas de Carlos Sepúlveda Leyton, santiaguino del barrio Matadero, varios años mayor, se diferencia del autor de "Hijuna" en que este último es un maestro bien ponderado por la seca picaresca española. Algo que no es poco decir...

Con Nicomedes Guzmán tuvimos acercamientos fraternales y duras discordias que, por supuesto, ahora lamentamos. En ciertos casos muy singulares los temperamentos de ambos hacían crisis; producían cortocircuitos inesperados; existían acaso mitologías sociales que nos separaban. Se indignó, por ejemplo, cuando al mostrarnos una fotografía de sus padres, bien vestidos y de manos finas, le dijimos que no nos parecían obreros, algo que expresamos como un halago y que llegó a sus oídos como una ofensa. Sin embargo, la escisión no pasó adelante y vino después el bálsamo de su

bondad natural, de su generosidad de escritor, fraterno y solidario por encima de contingencias.

La novela "Los hombres oscuros" recién editada por LOM en edición popular, con un prefacio acucioso de Luis Alberto Mansilla, resulta purificada por el tiempo, por los 36 años transcurridos desde la primera edición en 1939. El ambiente, un conventillo de esos años, es penoso, sórdido, a ratos deprimente, con sus borrachos, su pestilencia, su bárbaro desamparo. Algunas de sus metáforas formales resultan tiradas de los pelos; sin embargo, la estructura del relato, la justeza de la observación muy sensible, salvan la obra y la hacen prevalecer.

A "Los hombres oscuros" siguieron "La sangre y la esperanza", "La luz viene del mar", "La carne iluminada". Y además, subsisten sus cuentos: "Una moneda al río", "El pan bajo la bota" cuya segunda edición apareció en 1963, un año antes de su muerte.

El cuento "Una moneda al río" fue seleccionado por el novelista Luis Durand y quien ahora recuerda en la antología "El cuento chileno" publicada en la revista Ate-nea de la Universidad de Concepción en 1948, cuyo integrante más joven fue Luis Sánchez Latorre, Filebo, ahora crítico certero y académico vigilante del léxico.

En los cuentos de Nicomedes es notorio el halo poético, la emoción interna ataviada por el símbolo, por la ligazón sorpresiva de palabras cotidianas que viene a ser la poesía. Esta condición que alienta las primeras novelas se hace más presente en sus últimos escritos más o menos extensos que no sobrepasan la calidad de "Los hombres oscuros" y "La sangre y la esperanza". Pero como es obvio estos juicios son relativos. Es probable que el novelista escriba para el lector del presente o del futuro y también, por rara paradoja, para lectores del pasado y no sabemos en qué sensibilidad se refractará su palabra. A veces escribimos para organizar la dicha o el sufrimiento, para imponer nuestra voluntad representativa del universo que sólo pertenece al artista con ventaja sobre el héroe cotidiano y común. Y con frecuencia no nos agrada renovar trances difíciles, leyéndolos.

Así es más o menos algo de lo que recordamos de nuestro amigo Nicomedes Guzmán, de su persona irreplicable, más allá de la letra de sus libros que ya van en manos de una mayoría que no le conoció personalmente. Pero falta todavía otra fugaz y dolorosa evocación a treinta y un años de su muerte. Fue en la antigua librería Nascimento junto a cuyas estanterías se animaba una tertulia literaria donde los jóvenes de entonces oíamos a los notables. Allí apareció una mañana un desconocido que nos dijo con voz acelerada, golpeándonos el hombro: "Hola, Lucho Merino, ¿cómo estás?" Era alguien tan flaco y demacrado que no reconocimos. Era el autor de "La sangre y la esperanza", en su tiempo final, en sus horas perseguidas poco antes de morir.

Todo esto es penoso recordarlo, pero estimula nuestro presente a veces monótono, poblado de recuerdos esfuminados por los años, con ternura, con alegría y también con pesar ●